

*Una bruja de algún lugar...*

La chica miró su reflejo y quedó perpleja. Frente a sí veía a una horrorosa vieja, su decrepito rostro rompía la belleza del cielo nocturno sobre su cabeza, reluciendo todas sus estrellas. La chica calló de rodillas a la orilla del lago, y se llevó las manos a la cara, sintiendo esas arrugas que no existían. Cuanto más las miraba, más se espantaba, tantos pensamientos le cruzaron la mente, que terminó por echar a llorar, ahí de rodillas frente al lago, sola y por completo desesperada. Sus cabellos negros colgaban hasta terminar flotando sobre las tranquilas aguas, y desde ellos, su reflejo se veía raído y andrajoso... Desde sus suaves mejillas las lágrimas le resbalaron, primero despacio y luego más rápido, deslizándose hacia abajo, y pronto el espejo comenzó a vibrar y deformarse, haciéndola parecer aun más ruinosa. Desde lo alto, la luna la miraba impotente, queriendo aliviarla sin saber el modo. Desde allá donde estaba la veía, ahí perdida y sola, entre los árboles del bosque, arrodillada junto al hermoso lago. El viento soplaba entre las oscuras copas, silbando su rumor, un secreto que sólo ella conocía. Que ahora conocía. Su armadura, negra como la misma noche, plateada bajo la luna, rugió con su brusco movimiento. Bastaba de llantos, era hora de partir, de continuar el camino. Se incorporó y tomó su tremenda espada, clavada en la tierra sobre el cadáver de un gran guerrero, caído en el combate. Al arrancarla de su pecho, el metal chirrió rasgando la tremenda grieta de su armadura, el último suspiro de un gran héroe... La chica, secándose las lágrimas con su otra mano, caminó sin siquiera mirar el cuerpo de su enemigo. Anduvo hasta internarse de nuevo en el bosque, y la luna llegó a ver desde lo alto sus cabellos negros flotar en el aire, hasta desaparecer entre los árboles. Retrocedió sus pasos por el improvisado sendero que había quedado tras el combate, hasta llegar donde Ulfo, su corcel de guerra, la esperaba. A los pies del tremendo animal yacía inútil su yelmo, tan negro como su armadura. Se acercó al animal despacio y le acarició el hocico, diciendo unas palabras que sólo él oyó. Después, envainó la gran espada en la montura de la bestia, se agachó a recoger su yelmo, y de un salto se subió sobre el animal. Se ciñó el cinto, ajustó unas correas de la montura, y se colocó el yelmo, mostrando sólo sus bonitos labios a la noche, y

sin mirar siquiera atrás, hacia el caído, ordenó a su montura marcharse, y ésta partió al galope, esquivando los árboles en la oscuridad...

*Ílina*

Memorias Olvidadas

 Darka Treake, 2005

[www.modt.net](http://www.modt.net)